

tables. Sus confines con el imperio mejicano, los partia en Ixtlahuaca, distrito de Tula, extendiéndose ciento cincuenta leguas desde allí hasta la mar del Sur. Continuando desde este punto en direccion de la costa, iba á colindar cerca de Mazatlan, con diversas tribus nómadas que se mantenian de la caza y tenian sus movibles aduares en las frescas arboledas que se encontraban á las márgenes de los rios que bañaban los incultos campos de Sonora y Sinaloa. En forma irregular y caprichosa, y abarcando terrenos de una feracidad prodigiosa, se extendia por la parte del Norte y del Nordeste, hasta los vastos desiertos en que vagaban errantes los *teules chichimecas*; y al Norte y al Poniente, se dilataba abrazando á Zacatecas, Durango, Jalisco y Sinaloa, vastos territorios habitados por indómitas y diversas tribus guerreras, que conservaban distintas denominaciones.

Descripcion del suelo de Michoacan, su clima, sus producciones. El terreno del poderoso reino de Michoacan ó tarasco, aunque montuoso y quebrado, ostentaba bellisimas vegas de una feracidad exuberante, y disfrutaba de un clima delicioso, templado y suave, que acaso supere al benigno y dulce con que Dios ha favorecido á la hermosa capital de Méjico. Allí, al lado de los árboles propios para la fabricacion, se encuentran los medicinales y los que brindan delicadas frutas: allí se elevaba frondoso el aromático cedro; el medicinal tamarindo de flores blancas; el gigantesco ahuehuete, de frondosas ramas; el ébano de maciza madera, que compite en altura y calidad con el que se cria en las selvas de Ceilan y en la Etiopia; el frondoso llamado cañafistula, de hojas y flores vistosas; el orozuz, de

flores de color de rosa, de cuya raíz benéfica se toma el *palo dulce*; el taray; el guayaco de torcido tronco y madera medicinal; el agradable chirimoyo, de sabrosa fruta; el corpulento mamey; el coco, el guayabo, el plátano, el *chicozapote*, el cacao, y otros mil árboles de diversas frutas, cuya numerosa variedad sería difícil encontrar reunida en ninguna otra provincia.

En las entrañas de los montes, que ostenta la majestuosa sierra que embellece el pintoresco territorio de Michoacan, se ocultan abundantes y ricos minerales de oro, plata, bronce y cobre, al mismo tiempo que valiosas y exquisitas piedras.

Muchos y caudalosos son los rios que bañan y fecundizan las vistosas campiñas de la deliciosa region que ocupaban los tarascos. Entre ellos, se encuentran el de Urapan que, formándose en un ojo de agua de doce varas de circunferencia, brota con abundancia y fuerza tan extraordinarias, que, á distancia de pocas varas, no permite vadear sus corrientes; el de Zacatula, el de Talcatepeque; el de Xacona, San Gregorio, San Felipe, y otros muchos que mantienen en constante vigor y lozanía los árboles, las plantas y las flores, que por todas partes se presentan á la vista del hombre, brindándole delicioso ambiente, grata frescura y regaladas frutas.

Grandiosas lagunas, cercadas de pintorescos pueblos escondidos entre el verde ramaje de los frondosos árboles, aumentan el seductor encanto del paisaje. La mas notable de esas hermosas lagunas es la de Laguna de Pátzcuaro. Pátzcuaro, en cuyas dulces aguas se encuentran los mas exquisitos peces. Esta laguna, que tiene

quince leguas de circunferencia y nueve de una punta á la otra, ostentaba en la época en que Méjico se disponia á llevar la guerra á los tarascos, mayor número de pueblos situados en su esmaltada circunferencia, que los que actualmente la cercan y acompañan.

Abundantes aguas termales, como las salutíferas de Chucándiro y San Bartolomé, eficaces para curar numerosas enfermedades, así como las sulfurosas del manantial de Ario y de Tarameo que no permiten, por los elevados grados de calor que encierran, que nadie se lave en ellas, se encuentran en diversos puntos de aquel favorecido territorio.

En consonancia con la fertilidad de su rico suelo y con la belleza de su esplendente y limpio cielo, siempre azul y risueño, se encuentra su delicioso clima. Nunca, en la estación del invierno, que allí no es conocido mas que por el nombre, llueve ni nieva. El sol, constantemente libre de nubes importunas, envia sus limpios rayos, templando la transparente atmósfera en los últimos y primeros meses del año; y en la estación de las aguas, que empieza en los sofocantes calores de Junio y termina á fines de Setiembre, las benéficas lluvias, cayendo única y casi infaliblemente de tres á cuatro de la tarde, refrescan gratamente la atmósfera, conservándola pura y agradable durante la noche, en que el cielo se ve tachonado de estrellas.

Los reyes de Michoacan, no solamente se dedicaron á proteger la agricultura y la industria, sino que, como los mejicanos y texcocanos, dictaron leyes que sirviesen á la sociedad de garantía y seguridad.

*Leyes penales de los michoacanos.* Los delitos se castigaban con severas penas; y para evitar que se cometiesen impunemente, habia en las principales poblaciones gobernadores nombrados por el rey, que velaban por el orden y la conservacion de las buenas costumbres.

El distintivo de los principales ministros de justicia consistia en una vara larga negra, adornada, en su parte superior, con plumas de colores, y engastada con piedrecitas que producian el sonido de los cascabeles.

*Jueces.* Cuando estos jueces pasaban por la calle, salian de sus casas algunos vecinos, para acompañarles hasta la inmediata, donde eran acompañados por los de aquella en que marchaba.

Los gobernadores no tenian mas facultad, en la administracion de justicia, que examinar la causa de los transgresores de las leyes; pero de ninguna manera castigar ni absolver al acusado. La facultad de aplicar la pena solo residia en el soberano, cuyo poder, como he dicho, era absoluto, para lo cual el gobernador le enviaba el informe y el reo.

*Código penal.* Al individuo que cometia estupro ó violencia contra la honestidad de una mujer, le rasgaban la boca hasta las orejas con un cuchillo de pedernal, y en seguida le clavaban sobre un palo.

El robo se perdonaba por la primera vez, amonestando únicamente al ladron á que no repitiese el delito; pero si reincidia, le despeñaban de una inmensa altura, y dejaban tirado su cadáver, para que sirviese de pasto á las aves de rapiña.

La embriaguez, aunque era mal vista, no se castigaba.

con las penas terribles con que lo hacian en Méjico y en Texcoco; y en los bailes y vítores que usaban, solian beber vino hecho de maíz, hasta el extremo de caer á tierra, privados de conocimiento y de fuerza (1).

La vagancia se castigaba, condenando al entregado á ella, al trabajo de las minas, que era una especie de presidio perpétuo.

Para el homicidio no hubo señalada pena por mucho tiempo, como juzgando al hombre incapaz de perpetrar semejante crimen; pero viendo, mas tarde, que aquél se cometia, se ordenó que al homicida se le llevase arrastrando de los piés por calles y plazas, hasta que expirase.

Religion de los michoacanos. A empañar las bellas dotes naturales de los michoacanos, las obras de su clara inteligencia y de su creador ingenio, venia la funesta y falsa religion que, por desdicha, profesaban. En medio de las sencillas ofrendas de flores, copal y de diversas resinas aromáticas ofrecidas en el altar de sus ídolos, iba á mezclarse la horripilante de los sacrificios humanos.

Solemnidad en los funerales que se hacian á los reyes tarascos, y víctimas que eran sacrificadas. Pero donde se manifestaban en marcado y encontrado relieve los nobles sentimientos de amor y de respeto hácia sus semejantes, con los duros actos dictados por la supersticion, era en los funerales de los reyes y de los grandes, que celebraban con un respeto profundo.

Desde el instante que caia enfermo el monarca, entraba á gobernar interinamente su sucesor, y acudian todos los médicos y herbolarios del reino, á fin de que el monarca se utilizase de los conocimientos de aquellos facultativos

(1) Beaumont. *Crónica de Michoacan.*

que mas entendidos juzgase para su enfermedad. Cuando ésta no cedia á las medicinas, el rey llamaba á su sucesor, á los señores que gobernaban sus provincias y á todos los individuos que ejercian algun cargo público. Todos tenian obligacion de acudir al llamamiento del monarca; y aquel que no acudia, era considerado como rebelde y traidor. Cada uno de los referidos magnates se presentaba, llevando ricos regalos al rey enfermo, pues era condicion precisa llevarlos; y esos valiosos presentes se colocaban en un portal, donde habia una silla ostentando las insignias reales. En el momento en que el rey entraba en agonía, se prohibia á todos la entrada en su alcoba; y á los ilustres huéspedes se les señalaba, para que habitasen, espaciosos salones donde permanecian, perfectamente asistidos, hasta que expiraba el soberano.

Muerto el monarca, el sucesor al trono daba aviso de aquel triste acontecimiento á los magnates y funcionarios públicos. La noticia causaba en ellos una sensacion profunda, y corrian á la pieza mortuoria, llenos de afliccion, llorando y exhalando lastimeros ayes, apoderándose entre lágrimas y suspiros, del cuerpo del soberano. Dominados por el sentimiento de pena y de respeto, lavaban cuidadosamente el real cadáver, le vestian una camisa delicada de algodón, adornaban su garganta con rico collar de perlas, le ponian grandes zarcillos de oro en las orejas, valiosos brazaletes en los molledos, y en las muñecas unas pulseiras de turquesas; un broche de oro y de esmeralda en la boca, pendiente del labio inferior; preciosas sandalias en los piés, como timbre heróico de su valor; cascabeles de oro en los tobillos; le adornaban el largo cabello con un

trenzado de ricas plumas y valiosa argentería, y le ponian otras varias alhajas de subido precio que llamasen la atencion, así por su valor como por su exquisita hechura.

Vestido el cadáver, lo colocaban en un lecho de finas mantas, preparado en un alto tablado, y le cubrian con otra manta finísima, en que se veia el retrato del rey, pintado de colores, y dibujados todos los objetos con que habian adornado el cuerpo.

Las mujeres del rey, que hasta entonces permanecian calladas, daban libre salida al llanto, exhalaban profundos suspiros, y pronunciaban palabras de dolor y de pena, que acompañaban con ademanes del mas vivo sentimiento.

Tras esta escena de llanto, venian otras mas serias y verdaderamente sensibles. Era preciso que al difunto monarca acompañasen en el otro mundo un número de personas de ambos sexos, que le pudiesen proveer de todo lo necesario. La eleccion de esas personas era hecha por el que habia heredado el trono. Siete eran las mujeres que debian morir para que le sirviesen atentamente; y de hombres, uno de cada profesion y oficio, panadero, peinador, zapatero, sastre, cocinero, perfumista, leñador, músico, remero, barquero, fabricante de armas, platero, algunos de los médicos que habian pretendido curarle, sin duda para que los otros se afanasen en estudiar, y, otros, cuyos oficios y profesiones seria prolijo enumerar.

Al llegar la media noche, se disponia la procesion fúnebre para conducir el real cadáver, desde el palacio al templo, donde debia ser reducido á cenizas.

Abrian la marcha los desdichados que habian tenido la desgracia de ser elegidos para morir y acompañar al sobe-

rano. Llevaban en la cabeza graciosas guirnaldas de aromáticas flores, embarrado el cuerpo con pintura amarilla, guardando el mayor recogimiento, y marchando á lento paso y formando dos largas hileras.

Tras de las desventuradas víctimas iban cuatro señores de alta distincion, llevando en hombros las ricas andas en que marchaba el cadáver, y ostentando en sus trajes las insignias con que habian servido á su monarca. Seguian á los grandes que conducian las andas, los sacerdotes, con largas vestiduras blancas, labradas de negro, tiznados con pintura negra, enmarañado el largo cabello, ceñida la frente con una correa, y entonando con voz lúgubre himnos religiosos, al son de una música de bocinas y caracoles. Despues de los sacerdotes marchaba la nobleza, y cerraba el lúgubre cortejo la multitud que caminaba con la cabeza inclinada y á una distancia respetable. De rato en rato, y aumentando lo pavoroso de aquella fúnebre procesion, se escuchaba, en vez del doble de las campanas que ellos desconocian, el horripilante tañido causado por el golpe dado con huesos de caimanes sobre grandes rodela de tortugas. El crecido número de luces que arrojaban las hachas de resinoso pino y de ocote, que llevaban en la mano los dolientes, imprimian un aspecto pavoroso á aquella escena en que muchos vivos caminaban al funesto sitio donde les esperaba la muerte para que acompañasen á su rey.

Cuando la triste y numerosa comitiva llegaba al átrio del templo, daba cuatro vueltas al rededor de una gran pira de leña seca y resinosa que habia sido preparada con anticipacion por los sacerdotes, y con reverencia y notable acatamiento, colocaban el real cadáver en el último tramo